

Las leyes que habian hecho de la familia romana el fuerte organismo que conocemos se han ido modificando desde que Roma ha extendido jurídicamente sus límites por todo el imperio y los ciudadanos romanos y sus familias llegan á sesenta y cinco millones. El derecho absoluto del padre fundado en la religion ha desaparecido, y en el curso de esta historia de Roma hemos tenido cuidado de indicar cómo conservando la apariencia de la antigua constitucion de la familia, el hijo, la mujer y el esclavo han ido adquiriendo una individualidad cada vez más fuerte, y cómo á la justicia del padre se fué sustituyendo la del Estado.

La ciudad, organismo superior, cuyas moléculas constitutivas eran las familias, habia abarcado las dos terceras partes del suelo y de la poblacion de las provincias, pero por una necesidad impuesta por las circunstancias esta absorcion del mundo por Roma no habia hasta entonces acabado con la independencia municipal. A las divisiones nacionales del mundo conquistado, Roma sustituyó sábiamente las municipales. Cada municipio era libre en su régimen interior; elegía sus magistrados y solo habia cedido al poder central los derechos de guerra y de alta justicia. Esto lo demuestran las inscripciones, las ruinas de Pompeya que elegía sus magistrados en los momentos de la erupcion (se han encontrado los programas de los candidatos, la recomendacion de la autoridad en favor del candidato oficial, etc.) y entre otros un texto de Ulpiano que plantea esta cuestion: ¿es lícito á un municipio permitir lo que el príncipe prohíbe? Es verdad que la autoridad central fué poco á poco invadiéndolo todo, y la correspondencia de Plinio y de Trajano demuestra la inspeccion que podian ejercer los emperadores hasta en las últimas funciones de los últimos

municipios del imperio. Luego, en este orden de ideas centralizadoras, fueron creados los curadores de las ciudades, despues el régimen hereditario se aplicó á los cargos municipales, que ejercian los principales (decuriones) quienes respondieron con su fortuna de las deudas del municipio, por lo que las instituciones municipales, vistas con verdadero horror, declinaron y murieron. Entonces el imperio fué una masa informe, de la que se fué alejando la vida; los bárbaros lo encontraron en agonía.

Estas ciudades provinciales eran un verdadero plantel de cuyas aristocracias salieron las poderosas individualidades que renovaron la sociedad romana, y produjeron el siglo de los Antoninos. Y es que la rancia idea de la corrupcion del imperio, resulta perfectamente falsa cuando de las grandes ciudades como Roma, Antioquia, Alejandría, verdaderos receptáculos de todos los vicios del mundo antiguo, se pasa á la sociedad romana que vivia próspera y tranquila en las provincias.

Mucho han exajerado los poetas satíricos y los escritores republicanos, la depravacion de las costumbres en Roma. Es cierto que el lujo, muy inferior algunas veces al de nuestro tiempo, era considerable; pero las mayores fortunas, la de Narciso, por ejemplo, no pasaba de 20.000,000 de pesos, y si estas fortunas significaban una concentracion de dinero que no se debia al trabajo, sino á medios reprobados, luego las confiscaciones, las contribuciones y el lujo mismo distribuian este dinero en distintas manos, y así oscilaba sin cesar la riqueza individual. Tema obligado de los historiadores de la escuela puramente literaria, ha sido este del lujo excesivo de los romanos; los casos que se citan de prodigalidad individual no hacen regla, y pasada la gran época del lujo de Lúculo á Nerón, los empe-

radores fueron los primeros en dar el ejemplo de la economía doméstica. Entonces el verdadero hijo estaba en las grandes construcciones con que á porfía se embellecian las ciudades, en los templos, en los teatros, en los anfiteatros, en los juegos. La pasion de los romanos por los juegos de carácter sangriento, siempre repugnante á los griegos, fué inmensa. Nos bastará decir que Trajano, el grande y buen emperador, hizo una vez combatir 10,000 cautivos en juegos que duraron tres semanas. En estos juegos tomaban parte los cautivos, los sentenciados á muerte y los individuos de una clase que ejercian esa industria por dinero.

No nos detendremos en repetir los detalles que de la corrupcion romana nos han dejado tantos escritos civiles y eclesiásticos de la época, y sobre todo Juvenal y Petronio, porque son perfectamente conocidos. Vamos, al contrario, á indicar el reverso de la medalla. No hablamos de los personajes distinguidos, de los héroes de la virtud estoica, que en el curso de esta historia hemos mencionado, ni de las sublimes mujeres de los Paetus, de los Lucano, de los Sabinus, no hablamos de hombres como Agricola, como Tacito, como Plinio, modelos de virtud que vivian entre familias dignas de ellos; pero todos, hasta los censores más severos como Tacito, hasta los poetas más impuros como Marcial ó más implacables como Juvenal, nos hablan de otra sociedad en donde el camino recto de la justicia y del bien era constantemente seguido. Esta era la inmensa mayoría de la sociedad de las provincias. Las inscripciones sepulcrales, sobre todo, viniendo en apoyo de los escritores indican cuáles eran las virtudes amadas de aquella sociedad. Ellas son la más espléndida glorificacion de las costumbres puras. Los sentimientos de dulzura

para con el esclavo, de beneficencia de individuo á individuo y de ciudad á ciudad patentizaban el gran movimiento de la solidaridad humana que se iba verificando y que el cristianismo habia de marcar con su sello augusto.

Desgraciadamente la educacion era detestable, entregada á retóricos que hacian de la palabra vacía de ideas y del más estéril ergotismo la base de la cultura; pero en medio de aquella charlatanería, entre la infinita y caótica variedad de todos los sistemas filosóficos se abria paso una altísima moral, la que habia llegado á esta fórmula: no basta ser justos, es preciso ser caritativos, aun con los esclavos, aun con los enemigos: nuestro deber es amar á quien nos daña. Estas palabras son de Séneca: *Res est sacra miser*, y estas de Epicteto: No desear el bien ajeno, amar la fidelidad, el pudor, la justicia, los hombres; sigue estos mandamientos y será tu conciencia el templo á donde Dios mismo habrá descendido.»

Las máximas de equidad de la filosofía pagana, fueron penetrando en la direccion del imperio, gracias á los juriconsultos, los grandes apóstoles de la civilizacion, y ya en las leyes, ya en sus decisiones, que en ciertas circunstancias tenian fuerza de ley, y que aun sirven de base á la legislacion civil, porque son *la razon escrita*, hicieron que el reinado de Roma, que era el simple reinado de la fuerza, empezara á ser el de la justicia.

La religion cristiana que iba á hacer un dogma religioso de aquella moral purísima, debia triunfar. Todo la ayudaba: la filosofía pagana para propagar mejor su obra moral, pedia por la boca de Epicteto, el celibato de los filósofos, que entonces eran ó directores de conciencia (Pithágoras habia prescrito el exámen de conciencia) para los particulares á quienes confesaban y aconse-

jaban; ó misioneros para los pueblos al través de los cuales llevaban valientemente su predicacion humanitaria. Y no hablamos aquí de los dogmas metafísicos de Platon y de sus discípulos póstumos de Alejandria, que habian de servir de base á los Concilios para fijar los dogmas católicos. Asi es que la filosofía, y por esto entendemos no las doctrinas de los estoicos, ni de Platon, ni de Epicuro, ni de Aristóteles, sino el conjunto de lo que cada uno de ellos ha dicho de bueno, asociando la justicia á la piedad (palabras textuales de Clemente de Alejandria) fué un antecedente necesario del cristianismo.

Pero las supersticiones lo ayudaban también; ya conocemos la inmensa fama que las prácticas extrañas de los cultos orientales tenian en Roma; pues bien, en estos cultos yacian confusamente hundidas bajo ritos impuros las ideas de redencion del género humano, de pasion de un dios por los hombres, de resurreccion etc., y culto habia como el del medianero y redentor Mithras, de origen persa, popularísimo entre los latinos entónces, en que la eucaristía y otros ritos, le daban á tal punto una semejanza con el cristianismo, que Tertuliano, opina que era una invencion del diablo para remedar á la nueva religion.

A pesar de la inmensa fusion de mitos que constituía el polytheismo de entónces, á pesar de la unificacion religiosa intentada por los emperadores con el culto de Roma, estas abstracciones no tenian valor ninguno para el vulgo, ni la religion oficial sin clero y sin artículos de fé precisos, era capaz de combatir las corrientes que venian de todas partes y que, por regla general, tendian al monotheismo.

La iglesia cristiana tenia para aquellas almas inquietas, que sentian vagamente la aproximacion de un gran ca-

taclismo social, despues de dos siglos de placer y de paz, un secreto maravilloso, un bálsamo divino, al que tarde ó temprano recurririan los oprimidos: este era la doctrina de la inmortalidad del alma reducida á artículo de fé y sirviendo de base á toda la religion.—Todos los que sufrían, esperaron y fueron así consolados. Esta es la gran causa de la victoria cristiana.—Pero para obtenerla la iglesia se habia preparado admirablemente.

Los ancianos (presbiteros) habian gobernado primero las iglesias: uno de ellos presidió la reunion de los presbiteros, para tratar de los intereses comunes de las iglesias en aquellos atribulados tiempos: este fué el episcopo; adecuándose á las divisiones públicas del imperio, en cada gran ciudad, metrópoli de la provincia, hubo un obispo que gozaba de mayor autoridad que los otros. A ejemplo de las asambleas provinciales, tuvo la iglesia sus concilios, que comunicaban sus decisiones los unos á los otros zanjando así los cimientos de la solidaridad de todos los cristianos. Más aún; el obispo de Roma, de la ciudad cabeza del imperio, que guardaba segun una tradicion que nada tiene de inverosímil, las tumbas de Pedro y Pablo, de la ciudad ilustrada por tantos martirios, en cuyo seno se habian consagrado los fieles abrigos que eran también cementerios (1) empezaba á ser considerado como el jefe de los demás obispos. Esta jefatura, que es á la ejercida hoy por el Papa, lo que la molécula al mundo, no estableció sus humildes principios sin lucha; pero ya era una realidad.

(1). Rossi. *Roma sotterranea cristiana* 3. vol. Este infatigable explorador de las catacumbas ha demostrado 1º Que el cristianismo en Roma hizo muchos más prosélitos de lo que se cree, 2º Que las catacumbas son obra de los cristianos, puesto que las canteras solo ocupan una parte insignificante de ellas y 3º Que en su mayor parte eran hechas á ciencia de la autoridad, que permitia estas asociaciones de funerales entre los pobres.

Así la iglesia, nacida en las ciudades del Imperio, al amparo de las sinagogas judías, era ya un organismo, que por la admirable habilidad con que habia ponderado en su seno los elementos democráticos (el pueblo elegía) los aristocráticos (obispos), y el monárquico (Papa), y por el principio fecundo de representacion (concilios) era superior al organismo imperial y debia sobrevivirle. Si á esto se agrega que la patria celestial del cristiano lo desprendia de la terrestre, lo que le hacia ver en el bárbaro un hermano y lo armaba de indiferencia ante la ruina del mundo romano, habrá lo bastante para explicar los destinos de la religion cristiana, desde el punto de vista verdaderamente histórico.

*Commodo.—Pertinax.—Didius Julianus.*—180.-193. — *Marcus Lucius Aelius Aurelius Commodus* era el primer emperador que habia nacido en la púrpura: su padre lo colmó de honores desde niño, y el alma dura de su madre Faustina, se manifestó en él precozmente. A los 19 años subió al sòlio, y corrió el rumor de que habia envenenado á su padre, lo que probablemente era falso. Dejó las fronteras al cuidado de sus generales Marcellus, Pertinax, Niger, Albinus, Septimius Severus, y aseguró la paz, devolviendo á los bárbaros muchas fortalezas y haciendo cesar el reclutamiento que entre ellos se habia practicado siempre, para hacer ingresar á sus mejores guerreros en el ejército romano. No importaba que esta política fuese mala, lo que Commodo queria era volver á Roma y gozar.

Una vez en su capital, dejó á su prefecto de guardias, Perennis, el gobierno del Imperio, y se entregó á los más escandalosos excesos. Es verdad que la poderosa máquina del imperio marchaba sola, entretanto, pero los hábitos

viriles y la disciplina militar desaparecian. Commodo era un gladiador. Gustaba de luchar en el circo sin peligro, de matar, de olfatear y palpar la sangre humana. Esta bestia feroz se hacia adorar como un nuevo Hércules, y si no llevó adelante los milagrosos trabajos consignados en la mítica griega, sí mataba hasta 100 osos en un dia. Los senadores, entre quienes estaba el historiador Dion Casius, con el alma entre los dientes, decretaban á porfía honores divinos al gladiador; de su reinado se dató el *seculo aureo* de Roma, que ya no se llamó así, sino la *Colonia Commodiana*.

Despues de una conspiracion contra el emperador, en la que Lucilla, hija de Verus, tomó parte, empezaron las ejecuciones y las confiscaciones. Este sistema hacia crecer el miedo de Commodo, que entregó á la amotinada soldadesca de Bretaña á su favorito Perennis, á quien dieron muerte ignominiosa, y al populacho de Roma, á su nuevo favorito, el cargador Cleander. Este, de acuerdo con el emperador, habia encarecido los víveres, para lucrar; la multitud, exasperada por eso, por un incendio terrible que tuvo lugar entónces, por la peste que en tiempo de Marco Aurelio habia hecho inmenso estrago, y ahora reaparecia más cruel que nunca (2,000 muertos diarios en Roma), se volvió loca de furor. (189). Mientras esto sucedia, el imperio, desgobernado, veia á un bandido, Maternus, enseñorearse de alguna provincia y amenazar al monarca en la propia capital. Solo los cristianos disfrutaron de paz completa, gracias, sin duda, á Marcia, cristiana y concubina del emperador. Cuando ésta se sintió amenazada, reunida á algunos oficiales del palacio, como Letus y Eclectus, tramó un complot, y una noche que el emperador pasaba en una escuela de gla-